



## Caso XX

---

X pide inicialmente ayuda por no poder frenarse en el maltrato a sus hijos y por el encierro con el que vive su vida familiar.

Profesional, en base a mucho esfuerzo, sería su trabajo lo único que dice amar.

Iniciado ya su análisis se separa, armando con esa misma pareja una relación que se le vuelve más disfrutable en lo sexual (cosa que era una queja importante cuando convivían), así como en acompañarse.

La preocupa el sobrepeso, por lo que comienza una dieta y dice «capaz que quiero mucho golpe... mucho de golpe».

El analista interviene: «¿Mucho golpe?».

Recuerda sueños, la mayoría de angustia.

«Tuve una pesadilla horrible con H (hija menor); yo estaba con mi pareja bajando la escalera, había una baranda alta. H se tira de la baranda. Le grito “¡NO!”. La veo en el piso, caída, consciente. Viene una persona que la toca, ya es tarde. Yo pedía ayuda por ella y ya no había más nada que hacer. H estaba toda vestida de negro. El negro se asocia con la muerte. Ella estaba toda de negro.» Asocia: «En la infancia me subía al techo de casa para subirme yo era terror de bajar del techo. Terror que voy a perder el equilibrio y me voy a caer. Con H pienso que si se asoma se va a caer. El terror me paraliza. Si lo interpreto tiene mucha lógica, yo te pido ayuda a vos por ella y ya es tarde, moría».

El analista interviene interrogando sobre quién podría ser esa niña que pide ayuda, atrapada en la fantasía mortífera de que ya es tarde y que no hay nada que hacer.

En una sesión comienza a hablar de que se rasca. X se rasca hasta lastimarse y sangrar, dice gustarle verse sangrar. Se rasca las piernas, los brazos, «la cola», así nombrada por X.

Queda su analista pensando a qué «cola» se referirá.

Habla en sesiones de la vagina, pero en otras se refiere a «la tira de la cola», dice que la piel de la vagina es distinta y por lo tanto las heridas también.

Especialmente en «la cola» presenta heridas que además de muy dolorosas no cicatrizan nunca, porque no les da el tiempo necesario, ya que vuelve a escarbar en ellas.

Lo hace a escondidas, por la noche, en su cama, desde siempre.

Dice que no logra identificar si se rasca porque le pica o le empieza el escozor al comenzar a rascarse.

No trae fantasías que acompañen el rascado.

Habiendo tenido un padre golpeador, lo recuerda también rascándose y sangrando.

Luego de una de las consultas con su dermatólogo, quien le indicó psicofármacos (indicación que rechaza), queda muy angustiada e impactada porque el médico le dijo que se trataba de un síntoma obsesivo-compulsivo.

Se horroriza cuando un día se sorprende a sí misma rascándose en público, ante el público para el cual trabaja.

A una sesión viene furiosa, sintiéndose impotente y avergonzada.

Le había mostrado por primera vez las heridas de la cola a su pareja.

A partir de haber hablado con él sobre esto, él le pide que le muestre las heridas.

«Ni yo me las miro», dice casi gritando.

Dice saber que tendría que esperar demasiado tiempo para que cicatricen y eso le resta el sentido que tendría el esfuerzo.

Y agrega: «Además, pienso y pienso, y no creo que encuentre nada que me pueda dar ese placer». ♦